

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR LA

ILMA. SRA. DOÑA JULIA OLIVARES BARRERO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. ALVARO SALVADOR JOFRE

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 6 DE NOVIEMBRE DE 2006

GRANADA

MMVI

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-2.188/2006
I.S.B.N.: 84-934816-5-3 / 978-84-934816-5-0

DISCURSO

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA JULIA OLIVARES

Elena Martín Vivaldi,
una poblada soledad

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

EN *Cumplida soledad* podemos leer los siguientes versos de Elena Martín Vivaldi: “Tú me has dejado, mayo, dentro y sola / de esta por todas partes, poblada soledad.”

Si hay algo en lo que la crítica está de acuerdo con respecto a la autora granadina es en que la soledad es el “centro germinativo”, el leitmotiv, la raíz honda de la que brota su obra poética.

En cuanto a las causas de esta soledad, todas, excepto quizá algunas de las expuestas por Eva Morón en su tesis o por Ángeles Mora en *Elena Martín Vivaldi o la comunidad de los solitarios*, son estudiadas desde esa neutralidad en el análisis que parece universal y que coloca la soledad de Elena Martín Vivaldi en una especie de abstracción que creemos que no es completamente representativa de su experiencia como mujer que escribe. Este abordar los estudios generales apelando a la hermenéutica de la sospecha es lo que una parte de la crítica femenina lleva haciendo desde los años 80 del pasado siglo.

No nos vamos a detener ahí, pero queremos hacer hincapié en algo de lo que quizá ni la misma autora fue del todo consciente: en la soledad de mujer. No se puede ser consciente de algo cuando se está inmerso en una mentalidad, la patriarcal, que es la medida de todas las cosas; sin embargo, a lo largo de su obra se deslizan versos, pensamientos que

hacen referencia a esta percepción de la soledad: en “Soledad cumplida” todo el poema parece una contestación a la cita de Blas de Otero a la que ella reta con estos versos: “Estar solo, si sola, es esa doble / única soledad de dos partida.” En *El país de las mariposas* dice: “Estas ‘amigas irreales’ cómo las necesitamos todos los poetas, y entre ellos más aún nosotras, siempre más desarraigadas que ellos”. Y la protagonista de *Un día cualquiera* reflexiona de esta forma: “El que escribió esto, claro, era un hombre. No podía comprender la soledad de una mujer.”

Causas de la soledad hay muchísimas; la primera y fundamental es la del existir y del ser, el ser arrojado al mundo, el ser nacido a la vida, el ser expulsado desde la barriga a la innumerable molestia del mundo. La segunda, es la muerte, la muerte que Elena Martín Vivaldi sólo llega a nombrar en un poema, la muerte que nos unifica en su danza, lo mismo que la luz de las ventanas en la noche aúna el corazón dolorido de los solitarios. Y luego, ya, vienen todas las demás, tan unidas a las anteriores que, a veces, es imposible vislumbrar la trama. Está la soledad de la incomprensión –esa tortura sigilosa–, la soledad que produce el amor, el amor no realizado, no satisfecho, la soledad del deseo jamás cumplido, esa “honda herida” que el tiempo llega a convertir en fructífera llaga y, a veces, como decía Elena Martín Vivaldi con ese humor tan granadino, en ciencia ficción al revés. También está el terrible, aunque tantas veces alegre peso de la soledad de estar al margen, fuera, inclasificada, incapaz de pertenecer a cualquier cosa nombrable, y no sólo en literatura: no se es casada ni viuda ni monja –como decía esa canción de rueda–, se es soltera y bibliotecaria, y soltera en una época, la del

franquismo y la ideología nacional-catolicista, donde el mismo término empleado, “solterona”, nos da idea de la falta de papel de estas mujeres. Pero cuando una mujer se rebela, no admite los parámetros ideológicos y sociales, escribe, fuma, viste pantalones, tiene un trabajo para no depender de nadie, se sienta sola en los cafés y es mirada, mirada por los ojos censores –no hay más que recordar las palabras de la protagonista de *Un día cualquiera*: “¡Ya se podían haber acostumbrado!”– además del grito de rabia, surge de forma imperceptible algo parecido a la neurosis, tan “femenina”, o una dolorosa tensión interior de la que se es salvada gracias a la entrega a la escritura, al refugio en el “yo”, en la propia experiencia de las emociones y los sentidos, eso que palpita tan vibrantemente en la poesía de Elena Martín Vivaldi y que ha sido llamado “saudade andaluza” por Gallego Morell, o verdadero romanticismo, el que pasa por Bécquer, Juan Ramón o Salinas, según Molina Campos, o también “poesía de la memoria” por José Gutiérrez. Todos tienen razón.

Pero sigamos con la soledad de nuestra autora, una soledad esencial, una soledad con causa, con la que se convive a fondo, en silencio; es creadora, necesaria y amarga al mismo tiempo, y oculta: sólo se manifiesta en el sigilo que yace bajo la palabra; grita, pero sometida a la métrica, y es también una soledad comunicable. Porque Elena no era una persona solitaria, era comunicativa, generosa, solidaria, acudía a exposiciones, a las tertulias de los cafés, a las reuniones de “Versos al aire libre”, vivió y rejuveneció con Poesía 70 y todos los jóvenes poetas que vinieron después, incluso sirvió de puente, con esa fidelidad a sí misma que la hace tan inclasificable, entre la Generación del 27 y las nuevas generaciones de poetas granadinos.

¿De dónde proviene, pues, esa soledad en alguien que no es solitario? Y es que la soledad de Elena Martín Vivaldi es radical, es decir, fundamenta la raíz de su estructura como sujeto, como sujeto femenino que siente y padece la soledad del ser humano. Está en ella desde pequeña, independientemente de los juegos infantiles o de los sueños adolescentes con el amor, “enamorada del amor” –solía decir a menudo–, y es que Elena, como tantas personas que escriben, tenía una capacidad de percepción especial, esa contemplación emocionada de la que habla Orozco y a la que Truman Capote se refiere cuando dice que si una persona tiene sesenta sensaciones por minuto él tenía doscientas sesenta. Esa capacidad sensitiva aísla, produce tanta soledad como felicidad y, desde luego, necesita de la escritura para ser soportable y, al mismo tiempo, comunicable. Ella se lo cuenta a Emilio de Santiago en la entrevista “El intelectual y su memoria”: a los once años se dio cuenta de la fugacidad del tiempo, de la pérdida, de que todo tiempo ido, si no mejor, sí que está, ya, pasado, aunque se reviva eternamente con la palabra. Con esa edad le cambiaron el traje de niña por el de mujer, y por primera vez pensó lo que más tarde encontraría en “Raven”, el poema de Poe: “never more”, nunca más; aquel tiempo se había ido para siempre, lo mismo que más tarde se iría el amor y el deseo de ese amor concreto, pero siempre queda la escritura, y el árbol y los matices de la luz, la rosa y el árbol, el verde, el amarillo, la lluvia, la luna, el mar, la noche y el árbol que arde: es la soledad sensitiva y creadora, la que habla desde el yo, ese yo femenino, humano y universal que hunde sus raíces en el romanticismo más auténtico, sí, por supuesto, pero que tanto se parece al “yo” de aquellas mujeres que empiezan a escribir en el s. XVI, en la época de la *devotio* moder-

na, esas monjas que se acogen con fervor al convento, a la celda, a la habitación propia, para alcanzar algún tipo de libertad, la del yo, la de acudir a la autobiografía, a la experiencia personal e íntima con Dios para sancionar su escritura. Ya lo decía María Zambrano –tan marginada ella misma que durante años quedó como una simple discípula de Ortega–: “Todos los que han hecho el relato de su vida en tono de confesión parten de un momento en que vivían de espaldas a la realidad, en que vivían olvidados” y buscaron “una realidad completa”; se trata de dar respuesta al conflicto íntimo, a la pérdida –“se canta lo que se pierde”–, vivencias que hacen que la persona que las padece tome una determinada dirección, la de la escritura, que la abre hacia el mundo y también la conduce a su interior como fuente de experiencia y ratificación. “Lo mío es escribir”, dirán tantas autoras de las generaciones de posguerra, mujeres casi en permanente conflicto entre el papel que la sociedad les exigía y sus intereses intelectuales; mujeres, novelistas, poetas, también periodistas, que apenas si figuran en las antologías generales, que tuvieron que soportar la doble vida de amas de casa y escritoras, que apenas si publican más de una novela, que publican tarde, en revistas de provincias, con dificultad de acceso a la edición y con escasa recepción de sus obras. En suma, mujeres que acuden a las diversas formas de la “confesión”, ya sea verso o prosa, para buscar respuesta a ese doloroso conflicto que también está teñido de soledad. Como decía Ingeborg Bachmann: “De lo que no se puede hablar hay que escribir”

Pero para escribir hay que leer antes, y mucho, y si se nace en una familia universitaria, progresista, culta, rodeada

de pintores, de música, de charlas inteligentes salpicadas de referencias a escritores y de citas en diferentes idiomas y con una biblioteca en la casa, pronto se encuentra el alimento. En la biblioteca del padre de Elena Martín Vivaldi –primer alcalde de la Granada republicana, catedrático de ginecología, académico de la Real de Medicina y que tanto tuvo que ver en la formación de Elena, al no hacer distinciones entre hijos e hijas a la hora de los estudios– se encontraban algunos clásicos fundamentales, también Galdós, Espronceda, Zorrilla, Manrique, la Biblia, mitología griega y romana, etc. Y Elena busca su primera soledad, la del armario de las revistas, para empezar a leer tranquilamente; allí la soledad empieza a poblarse, a ser habitada por amigos sigilosos. Seguramente también leyó en aquel jardín de la calle Canales, ese paraíso perdido que tanto cantó y que daba a una Vega que ya, desgraciadamente, tampoco existe.

Luego vendrían los años del Instituto, de 1919 a 1924, el aprendizaje y las lecturas de materias que la hacen acreedora de un expediente académico extraordinario, algo en lo que coincide con las mujeres intelectuales de esos años –pensemos en Joaquina Eguaraz, Carmina Villanueva, M^a Angustias Moreno Olmedo y Maruja, M^a Angustias y Ana Pardo, también pertenecientes como Elena Martín Vivaldi al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Archeólogos, y que desarrollaron su labor en bibliotecas o museos–. Para llegar entonces a las aulas o al trabajo –lo mismo que ahora para atravesar el “techo de cristal”– había que tener un coeficiente intelectual de superdotada –recordemos que Carmina Villanueva aprendió a leer sin ayuda a los tres años de edad– o una voluntad y pasión inalterables.

En estos años escribe, según ella misma dice: “unos poemas larguísimos y horrorosos que se llamaban *Idilium*” y que les leía a sus compañeras. Tras el Bachillerato, hay una etapa de vacío, una enfermedad, unos estudios de Magisterio que no le gustan, hasta que un día, ya con veintitrés años, llega lo que Elena llama su “conversión”: se da cuenta de que para expresar lo que siente le falta algo, necesita seguir estudiando. En el curso 1932-33 empieza Filologías Modernas (recordemos que sólo desde 1910 las mujeres no necesitan un permiso expreso para acceder a la Universidad). En esto tuvo bastante que ver Gallego Burín, un buen amigo de la familia, que luego tanto influiría en que Elena Martín Vivaldi publicara, en 1945, su primera obra, *Escalera de luna*, rescatada por su hermano Gonzalo de esas carpetillas donde iba guardando los poemas, pocos –“como llegué tarde tenía que aprovechar el tiempo”– de sus años universitarios; sólo dejó uno, “Amarillo”, como símbolo de esa época y de ese color que por primera vez nombraba en 1936.

Al terminar la Universidad, en 1938, da clases en los Institutos Ganivet de Granada y en el de la localidad sevillana de Osuna, hasta que en 1941 marcha a Madrid para preparar las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Eran los años duros de la posguerra y en la Residencia las “tenían a mata hambres” hasta que un día se sube a una mesa, recita un poema y tanto gusta a sus compañeras que consigue raciones extra de pan y mantequilla.

Aprueba las oposiciones en 1942 y es destinada a la Biblioteca Pública de Huelva, trasladada en 1943 a la Biblioteca de la Universidad de Sevilla y, un año más tarde,

al Archivo General de Indias. Es la Sevilla de Bécquer, del jacarandá, de las lecturas en el Parque de M^ª Luisa, y lee a esos poetas que están tan presentes en sus primeras obras, y que luego, junto a otros pocos, escogidos –como señala Molina Campos–, por “afinidades electivas”, no la abandonarían nunca: se trata del primer Salinas, el de *Razón de amor*, Herrera, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Bécquer, Jorge Guillén... Ella misma comentará que a los poetas de la Generación del 27 empieza a leerlos en los años 40; antes, y siempre, a Garcilaso y ese dolorido sentir tan semejante al de la autora.

En 1948 es trasladada definitivamente a la Biblioteca Universitaria de Granada. A partir de 1954 compagina su labor de bibliotecaria con el cargo de Ayudante de Clases Prácticas de Lengua y Literatura Latinas en la Facultad de Letras de la Universidad de Granada. En el momento de su jubilación, en 1977, es directora de las bibliotecas de la Facultad Medicina y de Farmacia.

Sobria en hechos externos, la fértil vida interior de Martín Vivaldi está reflejada como si fuera un espejo –esa palabra que tan sigilosamente se desliza por sus poemas– en su biblioteca, no sólo en la materia que se elige como predominante que, en su caso, es la poesía, ni en los autores más presentes en ella, sino también en ese continuo ir y venir del “yo” al libro que deja sus rastros entre las páginas, ya sea por una anotación directa (normalmente escribe a lápiz en la anteportada del libro la fecha de lectura o relectura), por los distintos tipos de subrayado o por la letra de las anotaciones, y también por esa sistemática costumbre de recortar las rese-

ñas críticas de libros o autores publicadas en la prensa o en los suplementos literarios y guardarlos dentro del correspondiente libro; lo cual no sólo nos indica ese continuo ir y venir del que hablábamos sino también una vida volcada en la literatura.

De manera que la biblioteca de Elena Martín Vivaldi se convierte en una magnífica fuente de información sobre su vida y su obra; nos muestra la inmensa y sólida formación que poseía, los autores en los que bebía, su curiosidad, sus gustos –pintura, música, naturaleza, cine...– y, sobre todo, es una biblioteca viva –apenas hay ningún libro intonso–, leída, releída y magníficamente cuidada. Para alguien como Elena, que tantas veces ha repetido que la vida para ella es escribir, que escribir es tanto como respirar, los libros no podían ser otra cosa que una parte intrínseca de su vida, ese alimento previo y simultáneo a la misma respiración. Y si su poesía surge del centro de la soledad, dicha soledad está poblada, acompañada, no ya de sus amigos de carne y hueso –a los que tanto quiso y tanto la quisieron– sino de estos miles de amigos silenciosos que son los libros y con quienes nunca dejó de hablar.

Creemos que no es ninguna casualidad que en Martín Vivaldi se dé la circunstancia de tener dos profesiones relacionadas con el libro. Para alguien que lee con pasión y luego escribe, la biblioteca es la imagen más tangible del paraíso. Además, ¿qué otra cosa es la vocación?, como dice Ortega: una tendencia interior que tiene un vehículo social en el que manifestarse. Se escriben libros y se trabaja con libros, los libros sirven de “alimento” –en el sentido más buñueliano de

la palabra– y también son el sustento con el que se nutre la propia escritura.

Tampoco el de Elena Martín Vivaldi es un caso aislado en la historia de la literatura. Escritores bibliotecarios hay bastantes: el primero, por antonomasia, Borges que era, en sí mismo, toda una biblioteca, pero también lo fueron Leconte de Lisle, Charles Nodier, Alejandro Dumas, padre, Jacob Grimm, Georges Bataille, Proust –aunque él, con su alergia, solía desmayarse cada vez que entraba en la Bibliothèqu Nationale con un exquisito pañuelo empapado en agua de alhucemas. También lo fueron Mesonero Romanos, Rubén Darío, Manuel Machado, Juan Larrea, Leopoldo Lugones y León Felipe. Como vemos, escritores, la mayoría, de una formación sólida y asombrosa erudición.

Resulta curioso destacar que dentro de la bibliografía sobre nuestra autora sólo en un par de artículos se hace mención expresa a su condición de bibliotecaria. Uno es el prólogo que realiza Gallego Morell a la antología *Los árboles presente*, editada en 1977, el año de la jubilación de Elena Martín Vivaldi, y en el que la describe junto al ventanal de la Biblioteca General Universitaria con su “tema literario vivo abajo”, el Ginkgo Biloba. Y el segundo, *Bibliotecaria y poeta: semblanza de Elena Martín Vivaldi a través de su biblioteca*, realizado por las bibliotecarias de la Facultad de Letras, Cristina Peregrín, M^a José Ariza y Purificación Escobar, que, como su título indica, está centrado en la biblioteca de Elena y al cual, lo mismo que a estas bibliotecarias y a Rosario Jiménez Vela, archivera de la Universidad de Granada, tanto debemos.

Esta biblioteca particular de Elena Martín Vivaldi, formada por 3.733 volúmenes, se encuentra depositada en la biblioteca de la Facultad de Letras desde 1998. Fue la misma autora la que en vida expresó su deseo de donar sus libros a dicha Facultad. De hecho, varios poemarios suyos llevan dedicatorias que evidencian su relación de cariño con la institución universitaria.

Hemos de tener en cuenta que treinta y cinco años de trabajo en una biblioteca imprimen carácter, de alguna forma el tratamiento sistemático que exigen las distintas tareas desarrolladas en la biblioteca se trasladan a la biblioteca particular. Elena catalogaba sus libros exactamente igual que lo haría con los libros de la Facultad de Medicina donde estuvo destinada tantos años. La biblioteca, en su casa, se encontraba en dos habitaciones, la primera con un volumen mayor de libros que la segunda, y es difícil saber si hubo alguna organización previa ni se puede traslucir de su catálogo, ya que los mismos autores y materias aparecen en las dos habitaciones y en diferentes estantes. Creemos que iba colocando los libros según los adquiría y que era el catálogo el que proporcionaba la situación de cada ejemplar. Este catálogo se compone de cuatro cajetines, tres para la “habitación 1” y uno para la “habitación 2” y en las fichas constan los datos propios de la descripción bibliográfica, además de número de registro y signatura.

Nos encontramos ante una biblioteca fundamentalmente literaria donde las obras de literatura suponen 3.123 títulos de los que un setenta por ciento son de literatura española e hispanoamericana y los 882 títulos restantes corresponden a otras literaturas, sobre todo francesa, anglosajona, italiana y

alemana, la mayoría traducciones aunque hay algunos en lengua original o traducciones del inglés o alemán al francés.

Del resto de las materias, la más abundante es Arte, con un tres por ciento, le siguen Biografías, Historia, Filosofía, Lingüística; y ya en porcentajes muy pequeños, Ciencia, Religión, Cine, Música...

En cuanto a la literatura española, la poesía es el género más representado, y dentro de él nos encontramos a todos los autores de Granada, no sólo los contemporáneos sino también a esas generaciones más jóvenes de las que hablábamos antes y que están en su biblioteca con casi todas las obras que publicaron hasta 1998, con dedicatorias que muestran su cariño, su generosidad y el papel de magisterio que Martín Vivaldi, sin buscarlo, supuso para ellos. Incluso con algunos, a pesar de la diferencia de edad, mantuvo una relación muy personal, como es el caso de Antonio Carvajal, Emilio de Santiago, José Gutiérrez, Fidel Villar Ribot, Rosaura Álvarez, Álvaro Salvador, Rafael Juárez, M^a Victoria Atienza, Fernando de Villena, y tantos otros.

Aparte de las jóvenes generaciones, se hallan en su biblioteca todos los poetas granadinos o relacionados con Granada, y de ellos, el mayor número de obras corresponden a García Lorca, Rafael Guillén y Antonio Carvajal.

Dada la imposibilidad de hacer un estudio en profundidad de los diversos contenidos de la biblioteca, sólo intentaremos una aproximación centrándonos en las influencias literarias señaladas por la crítica y en las citas y títulos escogidos por la propia autora, poniéndolos en relación con las obras existentes en su biblioteca.

Todos los estudiosos de su obra coinciden en la imposibilidad de encuadrarla dentro de ninguna corriente o generación poética, pues si por fecha de nacimiento (1907) pertenecería a la generación del 36 y por fecha de publicación de su primera obra –*Escalera de luna*, en 1945– lo sería de la generación del 50, por el carácter de su poesía se la relaciona más con la Generación del 27, parentesco que la misma autora reconoce: “Para mí es un honor porque, aparte de los momentos compartidos, hay una cercanía formal, una influencia climática de aquellos años tan lejanos como irrepetibles”.

Pues bien, las tres generaciones poéticas se encuentran bien representadas en su biblioteca, siendo la del 27 la que lo está con mayor profusión, seguida de la generación del 50.

También la mayoría de los críticos al hablar de sus fuentes literarias están de acuerdo en los mismos nombres: Garcilaso, Juan Ramón, Bécquer, Salinas, Antonio Machado, Jorge Guillén, Aleixandre, Gerardo Diego y García Lorca. En cuanto a los modelos extranjeros se ha hablado de Rilke, Eliot, Leopardi, Virginia Woolf, Valery...

Y si vamos directamente a su obra, nos encontramos con que varios títulos de sus libros o poemas consisten en un verso o parte del verso de sus autores favoritos, los mismos que son citados en su poesía y que volvemos a encontrar en su obra en prosa, tan rica no sólo en referencias literarias sino también –como dice Martínez Gómez en su acertada presentación a su edición *Los idiomas del silencio y otros textos en prosa*– en darnos sus claves poéticas y temáticas, encontrando en los relatos una perspectiva autobiográfica más directa que en la poesía.

Pues bien, estos autores coinciden con los señalados por la crítica y son de los que tiene mayor número de títulos, encontrando en su biblioteca no sólo sus respectivas obras poéticas, sino también prosa, epistolarios y estudios críticos. Al mismo tiempo la amplitud de fechas entre la primera y la última obra adquiridas, nos indica que son autores a los que está leyendo siempre y de los cuales le gusta tener ediciones distintas, a veces sólo separadas por dos años y en otras ocasiones por diez.

Por otra parte, respecto a los temas que se han señalado como dominantes en su poesía, nos encontramos con que la importancia del color –aparte de su carácter simbólico y de identificación anímica con la poeta– se puede relacionar con su gusto por la pintura y con el centenar de libros sobre arte existentes en su biblioteca, de los cuales casi la mitad son catálogos de exposiciones celebradas en Granada, algunos con poemas suyos, y a través de los cuales podemos ver la historia de la pintura granadina de los últimos años.

También el tema de la naturaleza –esa naturaleza urbana de la que habla Carvajal– encuentra su reflejo en la biblioteca, lo mismo que la música, con ocho biografías de Mozart, el cine, etcétera.

Su biblioteca, además, tiene el enorme interés de servirnos de guía para conocer la historia editorial de Granada, ya que figuran todas las editoriales granadinas desde *El Defensor* –con una edición de *Poesías y pensamientos del Álbum de la Alhambra*, 1889–, Ventura Traveset, las impresas de Francisco Román Camacho y López-Guevara de los años 20, pasando por ese renacimiento cultural que Aróstegui

llamó “vanguardia” –Vientos del sur, Veleta al sur...– y así hasta los años 90.

En cuanto a la manera en que se informaba de las nuevas publicaciones (de las cuales estaba al día tanto en los géneros como en los autores que le interesaban), por su trabajo como bibliotecaria tenía acceso a bastantes fuentes de información, pero también a través de conversaciones y correspondencia con amigos (hay una postal datada en 1981 entre sus “Papeles-1” que la informa, muy secretamente, de la publicación de *Sonetos del amor oscuro*), librerías como Don Quijote, que era propiedad de su hermano, o aquella librería entrañable de la calle Mesones, que recuerda Rafael Guillén en *Tiempos de vino y poesía*, donde se vendían bajo cuerda los libros prohibidos.

Pero además de esto, Elena Martín Vivaldi debía de ojear una media de tres periódicos diarios, y de ellos y sus suplementos de literatura, recortaba las reseñas críticas de obras o autores y las iba guardando en el libro correspondiente. Estas reseñas se encuentran también depositadas en la biblioteca de la Facultad de Letras ocupando seis cajas. Y si para Martín Vivaldi eran una magnífica fuente de información, para los amantes e investigadores de su obra también lo son, y extraordinaria, ya que nos proporcionan datos sobre sus gustos e inquietudes (no sólo encontramos literatura), además de su pasión por estar al tanto de lo que se publicaba, siendo en este sentido interesantes las anotaciones manuscritas: “comprar” o “ver”; también los subrayados dentro de los artículos nos muestran su interés por el lenguaje o nos indican su coincidencia con el autor del artículo o de la obra que se comen-

ta. En este sentido son interesantes las reseñas sobre los haikus de Basho o sobre Mozart.

También encontramos hojas sueltas con anotaciones sobre el libro que lee en esos momentos o que nos dejan rastros sobre su vida cotidiana. Entre estas hay algunas de sumo interés, que nada tienen que ver con el libro en el que se guardan. Son esos *etat d'ame* de que habla Molina Campos, como por ejemplo el borrador de un poema que comienza así: “No he comido hay las doce uvas de la felicidad...”, que acaban convirtiéndose en las uvas de la muerte.

En fin, un material de enorme interés que junto a la documentación depositada en la Fundación Jorge Guillén de Valladolid, servirá para hacer un estudio más profundo de la obra y de la vida de esta autora que murió con la alegría de ser profeta en su tierra pero con la pena de no alcanzar el reconocimiento a nivel nacional, si bien ella misma decía que la fama le importaba unos días y otros la tenía sin cuidado. Pero lo cierto es que Elena Martín Vivaldi pronunció muchas veces a lo largo de sus últimos años una frase que deberían de tener en cuenta las instituciones granadinas en su próximo centenario: “¡Qué pinto yo en Valladolid!”. Y es que desde su muerte, y durante siete años, la familia Martín Vivaldi, una familia de raigambre universitaria, con la clara conciencia de que documentos de Elena debían estar a disposición de los investigadores, estuvo ofreciendo a las instituciones granadinas, de manera totalmente generosa, dicha documentación hasta que, ante la desidia de las instituciones, no tuvo más remedio que aceptar el ofrecimiento de la Fundación vallisoletana y la documentación fue depositada en su sede en 2005, donde está siendo tratada con todos los medios tecnológicos

necesarios para que resulte accesible a través de internet. Pero no se trata ya de su accesibilidad, se trata de lo que Elena, “nuestra querida Elena” quería; ella que nunca salió de Granada, que cantó la luz y los árboles de la ciudad que tanto amaba, está ahora donde nunca quiso estar. Eso es algo que la ciudad y todos nosotros le debemos a Elena Martín Vivaldi, algo que todavía puede repararse, ya que la familia dispone de quince años para recuperar la documentación si así se decide. Esperemos que las instituciones que tanto la honraron en vida muestren por Elena y su legado el amor que ella nos regaló a todos nosotros a través de su presencia, su obra y su palabra.

Muchas gracias

JULIA OLIVARES
(Granada en 1953)

Realiza sus estudios universitarios de filología hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Vuelve a Granada en 1976 y estudia Biblioteconomía y Documentación en la Universidad de Granada. Posteriormente trabaja en distintas bibliotecas compaginando esta labor con la escritura. Actualmente es bibliotecaria titular de la Diputación de Granada, colaborando en conferencias y revistas literarias.

Dentro de su labor como bibliotecaria ha realizado el catálogo de los manuscritos de Ganivet, *Manuscritos de Ganivet en la biblioteca de la Diputación de Granada*. Granada: Diputación, 1996.

Dentro de su obra literaria ha publicado:

Partida de damas. Granada: Diputación, 1997. Premio Genil de Literatura en su primera convocatoria.

El baño de las ninfas. Motril: Asukarúa Mediterránea, 2001

29 sombras y otros relatos. Granada: Dauro, 2003

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON ALVARO SALVADOR

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

RECUERDO a Julia Olivares a comienzo de los años ochenta como una muchacha tímida y de apariencia frágil que se acercaba a mis clases de poesía española contemporánea y me hablaba, sin embargo con mucha pasión, de su amor por la poesía, de su intención de investigar e incluso elaborar una tesis sobre Luis Cernuda. Pero en ningún momento, hasta la aparición de *Partida de damas* en 1996, supe que ella misma escribía, que era esa su verdadera vocación.

Julia Olivares, granadina de nacimiento, había recibido, sin embargo, su primera formación universitaria en Madrid, donde cursó los estudios de Filología Hispánica. Más tarde, regresará a Granada para simultanear su trabajo como gale-rista de arte con los estudios de diplomatura en Biblioteconomía y Documentación. En 1997, al año escaso de publicar su primera novela consigue una plaza fija en la Diputación de Granada. Parece, pues, que el momento de consolidación de su carrera como bibliotecaria coincide también con el comienzo de su trayectoria como escritora. Un destino muy parecido al de Elena Martín Vivaldi, protagonista y motivo de su discurso de ingreso quien, tras ganar su plaza de bibliotecaria y ser destinada a Sevilla, publica su primer libro de poemas.

Mi primer recuerdo de Elena Martín Vivaldi la asocia con la sala de conferencias de la desaparecida Casa de América en la plaza de los Campos: se trata de un recital de jóvenes poetas universitarios; la sala está llena y en la primera fila destaca la figura de una señora, una especie de madre ideal que escucha con una enorme y sincera atención los esfuerzos rapsodas de aquellos torpes pero voluntariosos muchachos. La siguiente instantánea me la reafirma también en el modo de vida que confusamente anhelábamos en aquellos años: una Elena Martín Vivaldi fumando y comentando con extraordinaria inteligencia y sentido del humor algún episodio de la actualidad en el café Suizo. Nuca me pareció Elena Martín Vivaldi, a pesar de su discreción, de su exquisita educación, de su timidez, una mujer sola. Y sin embargo era una mujer que, en muchos sentidos podríamos considerar en soledad y que, además, hizo de este tema uno de los ejes centrales de su poesía. Es cierto, como ha señalado Julia Olivares, que sería muy necesario revisar el concepto de soledad en la poesía de Elena Martín Vivaldi para tratarlo críticamente a partir de un planteamiento de género, a partir de una problemática identitaria que tiene que ver, sin duda, con el rol que la mujer desempeña en la sociedad patriarcal y con la manera en que una mujer escritora reproduce ideológicamente ese rol. Pero, también es cierto que en el relato de la intimidad solitaria de Elena Martín Vivaldi pueden advertirse rasgos muy característicos de lo que podríamos definir como una psicología, como un modo de ser fácilmente identificable como “de poeta”, incluso para aquellos que escriben versos.

Borges, director de la Biblioteca Nacional Argentina decía que, en realidad, él como Alonso Quijano nunca había salido de la biblioteca de su padre. No es de extrañar, por

tanto, que la bibliotecaria y escritora Julia Olivares al hablar de la bibliotecaria y poeta Elena Martín Vivaldi afirme que “para alguien que lee con pasión y luego escribe, la biblioteca es la imagen más tangible del paraíso”: “Alguien no duerme. Un libro lee. Piensa,/ o desnuda su alma entre la noche...” Un paraíso perfecto para encerrar en él la soledad, la soledad de la mujer o la soledad del poeta, la soledad que más tarde se redime a través de los libros, que se metamorfosea en nueva creación, en nueva materia de los sueños.

Hay un relato de Julia Olivares, titulado “El Eucalipto”, que me gustaría traer a colación: una niña de diez años padece un fuerte presentimiento de muerte y rechaza el mundo que la rodea, mundo que la presiona y que, en cierto modo, la conduce hacia esa muerte. Como protección sólo le quedan su pasión por la música, las matemáticas y el refugio natural de su paisaje de infancia lleno de mar y de distintas especies de árboles. Para cuando la realidad se le haga insoportable, planea una salida definitiva a través de uno de estos árboles, el eucalipto. Si relacionamos este personaje con Luisa, la protagonista de *Partida de damas*, podemos apreciar cómo la metáfora del árbol se transforma aquí en la del libro, los libros, la biblioteca que actúa como talismán protector de la muchacha: “Luisa siempre había viajado con un libro; era una persona solitaria...”

Uno de los temas centrales en la poesía de Elena Martín Vivaldi es el tema del árbol, de los árboles. ¿Por qué los árboles? El simbolismo de este elemento de la naturaleza es rico y variado: el árbol como símbolo del cosmos; síntesis y resumen de los cuatro elementos; relacionado con el fuego de manera genésica porque produce el aceite que lo alimenta y paradójicamente se consume en él; símbolo, pues, de la vida;

vehículo de intermediación entre la tierra y el cielo; símbolo religioso de los principios fundamentales de la divinidad y centro de la idea del Paraíso. Todo esto y más, está, sin duda, en los árboles de Elena Martín Vivaldi, en los tilos, las acacias, el jacarandá, el Ginkgo Biloba, pero también en el eucalipto y los demás árboles de Julia Olivares. No obstante, hay mucho de libro en cada árbol, no solo en lo material, sino en lo que la simbología del árbol tiene que ver con el mundo imaginario que encierran los libros. Un árbol es también un solitario, un solitario sociable, integrante de la colectividad del bosque, pero ensimismado siempre en la complejidad de su mundo autosuficiente.

Me parece muy oportuna y brillante la glosa de la figura intelectual de Elena Martín Vivaldi que Julia Olivares nos ha ofrecido. Una glosa llena de sincera admiración y apoyada en un recurso metafórico que la autora maneja muy bien al formar parte de su propia biografía: la Biblioteca de Elena Martín Vivaldi. Esa biblioteca de tres mil y pico títulos, cuya descripción y clasificación hemos podido percibir de manera tan acertada es, sin duda, uno de los valiosos legados que la poeta granadina dejó a las instituciones de su querida ciudad. No obstante, me parece igualmente importante la asociación que la glosa hace entre la profesión de la poeta y su vocación literaria, ya que así nos hace ver con habilidad e inteligencia cómo de su figura literaria se desprende una de las actitudes más constantes y definitorias de la literatura contemporánea: el afán por identificar profundamente el arte con la vida, por identificar la propia vida con la literatura.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 5 de noviembre de 2006,
XLIII años del fallecimiento
del poeta español
Luis Cernuda,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMVI